

rente. La de Ocotelolco era un pajar verde sobre una roca; la de Tizatlan una garza blanca sobre una peña elevada; la de Tepeticpac un lobo feroz con algunas flechas en la garra, y la de Quiahuitzlan, un parasol de plumas verdes. El estandarte que tomó Cortés en la famosa batalla de Otompan, era una red de oro, que probablemente seria la insignia de alguna ciudad del lago. Además del estandarte comun, y principal del egercito, cada compañía, compuesta de doscientos o trescientos soldados, llevaba su estandarte particular, distinguiéndose no solo en las plumas que lo adornaban, si no tambien en la armadura de los nobles, y oficiales que a ella pertenecian. La obligacion de llevar el estandarte del egercito, tocaba, a lo menos en los últimos años del imperio, al general, y el de las compañías, segun congeturo, a sus gefes respectivos. Llevaban el hasta del estandarte atada tan estrechamente a la espalda, que era imposible apoderarse de ella, sin hacer pedazos al que la llevaba. Los Megicanos la ponian siempre en el centro del egercito. Los Tlascalenses la colocaban en las marchas a vanguardia, y a retaguardia en las acciones.

La musica militar, en la cual habia mas rumor que armonia, se componia de tamboriles, cornetas, y ciertos caracoles maritimos, que daban un sonido agudisimo.

Modo de declarar y de hacer la guerra.

Para declarar la guerra se examinaba antes en el consejo la causa de emprenderla, que era por lo comun la rebelion de alguna ciudad o provincia, la muerte dada a un correo, o mercader Megicano, Acolhui, o Tepaneque, o algun insulto hecho a sus embajadores. Si la rebelion era solo de algunos gefes, y no de los pueblos, se hacian conducir los culpables a la capital para castigarlos. Si el pueblo era tambien culpable, se le pedia satisfaccion en nombre del rei. Si se humillaba, o manifestaba un verdadero arrepentimiento, se le perdonaba su culpa, y se le exortaba a la enmienda. Si en vez de humillarse, respondia con arrogancia, y se ostinaba en negar la satisfaccion pedida, o cometia nuevos insultos contra los mensajeros que se le enviaban, se ventilaba el negocio en el consejo, y, tomada la resolucio de la guerra, se daban las ordenes oportunas a los generales. A veces el rei, para justificar mas su conducta, antes de emprender la guerra contra algun estado, le enviaba tres embajadas consecutivas: la primera al señor del estado culpable, pidiendole una satisfaccion conveniente, y prescribiendole el tiempo en que debia darla, so pena de ser tratado como enemigo; la segunda a la nobleza, invitandola a que per-

suadiese al señor evitase con la sumision el castigo que lo aguardaba, y la tercera al pueblo, para hacerle saber las causas de la guerra. A veces, segun dice un historiador, eran tan eficaces las razones propuestas por los embajadores, y se ponderaban de tal modo las ventajas de la paz, y los males de la guerra, que se lograba prontamente una conciliacion. Solian tambien mandar con los embajadores al idolo de Huitzilopochtli, exigiendo de los que ocasionaban la guerra, que le diesen lugar entre sus divinidades. Si estos se hallaban con fuerzas suficientes para resistir, rechazaban la proposicion, y despedian al dios extranjero: pero si no se reconocian en estado de sostener la guerra, acogian al idolo, y lo colocaban entre los dioses provinciales, respondiendo a la embajada con un buen regalo de oro, y piedras, o de hermosas plumas, y repitiendo las seguridades de su sumision al soberano.

En caso de decidirse a emprender la guerra, antes de todo se daba aviso a los enemigos, para que se aperciesen a la defensa, creyendo que era bageza indigna de hombres de valor atacar a los desprevenidos. Tambien se les enviaban algunos escudos, en señal de desconfianza, y vestidos de algodón. Si un rei desafiaba a otro, se añadia la ceremonia de unirlo, y pegarle plumas a la cabeza, por medio del embajador, como sucedio en el reto de Itzcoatl al tirano Majtlaton. Despues se enviaban espías, a quienes se daba el nombre de *quimichtin*, o ratones, para que fuesen disfrazados al pais enemigo, y observasen los movimientos de los contrarios, el numero, y la calidad de las tropas que alistaban. Si los espías desempeñaban bien su comision, tenian una buena recompensa.

Finalmente, despues de haber hecho algunos sacrificios al dios de la guerra, y a los numenes protectores del estado, o de la ciudad, contra la cual se iba a combatir, para merecer su proteccion, marchaba el egercito, no formado en alas, ni en filas, si no dividido en compañías, cada una con su gefe, y estandarte. Cuando el egercito era numeroso se dividia en *giquipillis*, y cada gipilli constaba de ocho mil hombres. Es verosimil que cada uno de estos cuerpos fuese mandado por un tlacatecatl, u otro general. El lugar en que se daba comunmente la primera batalla, era un campo destinado a aquel objeto, en cada provincia, y llamado *jaotlalli*, esto es, tierra o campo de batalla. Dabase principio a la accion con un rumor espantoso (como se hacia antiguamente en Europa, y como hacian los Romanos), y para ello se valian de instrumentos militares, de clamores, y de silvidos tan fuertes, que causaban terror a quien no estaba acostumbrado a oirlos, como refiere

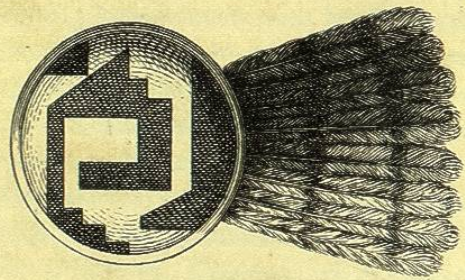
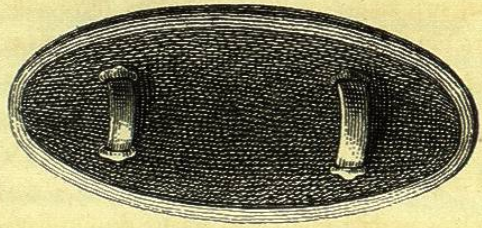
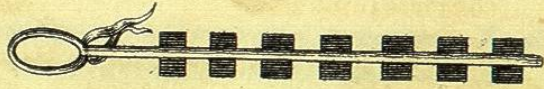
por experiencia el conquistador anonimo. En el egercito Tezcucano, y quizas en el de alguna otra nacion, el rei o el general daba la señal del ataque con un tamborcillo que llevaba a la espalda. El primer impetu era furioso, pero no se empeñaban todos desde luego en la accion como dicen algunos autores, pues de su historia consta que tenian cuerpos de reserva, para los lances apurados. A veces empezaban la batalla con flechas o con dardos, o con piedras, y cuando se habian agotado las armas arrojadizas, echaban mano de las picas, de las mazas, y de las espadas. Procuraban con particular esmero conservar la union de sus huestes, defender el estandarte, y retirar los heridos, y los muertos de la vista de sus enemigos. Habia en el egercito cierto numero de hombres que se empleaban en apartar estos obgetos, a fin de evitar que el contrario los echase de ver, y cobrase nuevos brios. Usaban de cuando en cuando de emboscadas, ocultandose entre las malezas, o en zanjas hechas a proposito, como lo experimentaron mas de una vez los Españoles, y frecuentemente fingian una retirada, para atraer al enemigo que se empeñaba en seguirlos a un sitio peligroso, donde les era facil atacarlo con nuevas tropas por retaguardia. Su mayor empeño en la guerra no era tanto matar, cuanto hacer prisioneros para los sacrificios, ni el valor del soldado se calculaba por el numero de muertos que dejaba en el campo de batalla, si no por el de prisioneros que presentaba al general despues de la accion. Esta fue una de las principales causas de la conservacion de los Españoles en medio de tantos peligros, y especialmente en la horrible noche en que salieron vencidos de la capital. Cuando algun enemigo vencido procuraba escapar, lo desgarraban a fin de que no pudiera correr. Cuando perdian el general, o el estandarte, echaban a huir, y entonces no habia fuerza humana que bastase a detenerlos.

Terminada la batalla, los vencedores celebraban con gran jubilo su triunfo, y el general premiaba a los oficiales, y soldados que habian hecho prisioneros. Cuando el rei de Megico hacia algun prisionero, le enviaban embajadas, y regalos todas las provincias del reino, para darle la enhorabuena. Vestian a aquel mal aventurado con las mejores ropas, lo cubrian de preciosos adornos, y lo llevaban en una litera a la capital, de donde salian a recibirlo los habitantes, con musica, y grandes aclamaciones. Llegado el dia antes del sacrificio, despues de haber ayunado el rei el dia antes, como hacian los dueños de las victimas, llevaban al real prisionero, con las insignias del sol, al altar comun de los sacrificios, y moria a manos del gran sacerdote. Este hacia con la sangre de la victima una aspersion a los cuatro puntos car-

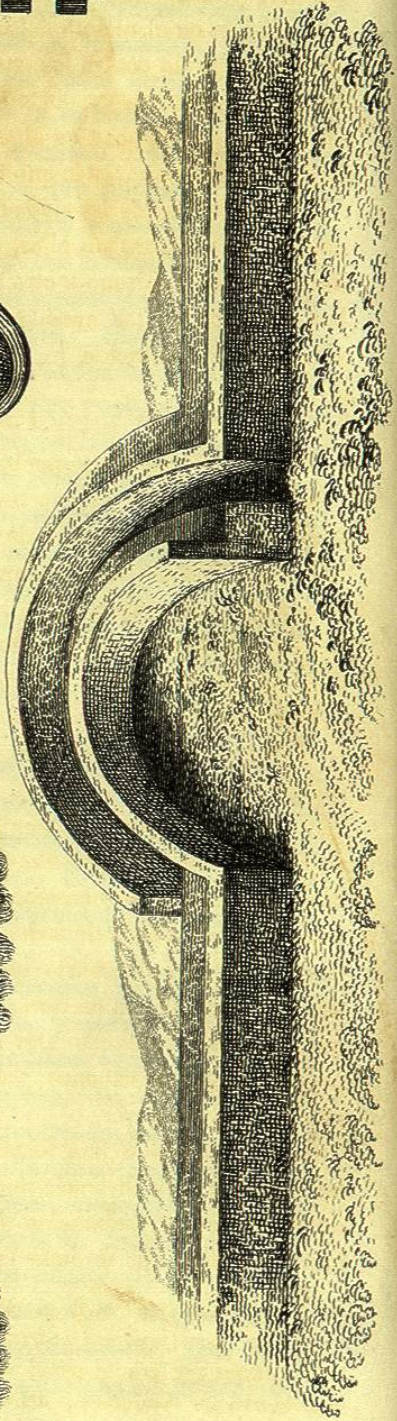
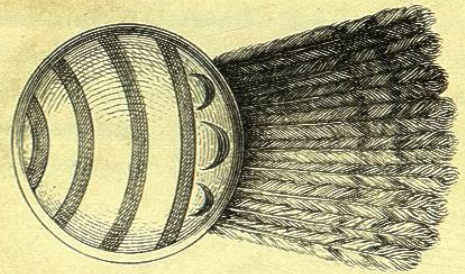
por experiencia el conquistador anonimo. En el egercito Tezcucano, y quizas en el de alguna otra nacion, el rei o el general daba la señal del ataque con un tamborcillo que llevaba a la espalda. El primer impetu era furioso, pero no se empeñaban todos desde luego en la accion como dicen algunos autores, pues de su historia consta que tenian cuerpos de reserva, para los lances apurados. A veces empezaban la batalla con flechas o con dardos, o con piedras, y cuando se habian agotado las armas arrojadizas, echaban mano de las picas, de las mazas, y de las espadas. Procuraban con particular esmero conservar la union de sus huestes, defender el estandarte, y retirar los heridos, y los muertos de la vista de sus enemigos. Habia en el egercito cierto numero de hombres que se empleaban en apartar estos obgetos, a fin de evitar que el contrario los echase de ver, y cobrase nuevos brios. Usaban de cuando en cuando de emboscadas, ocultandose entre las malezas, o en zanjas hechas a proposito, como lo experimentaron mas de una vez los Españoles, y frecuentemente fingian una retirada, para atraer al enemigo que se empeñaba en seguirlos a un sitio peligroso, donde les era facil atacarlo con nuevas tropas por retaguardia. Su mayor empeño en la guerra no era tanto matar, cuanto hacer prisioneros para los sacrificios, ni el valor del soldado se calculaba por el numero de muertos que dejaba en el campo de batalla, si no por el de prisioneros que presentaba al general despues de la accion. Esta fue una de las principales causas de la conservacion de los Españoles en medio de tantos peligros, y especialmente en la horrible noche en que salieron vencidos de la capital. Cuando algun enemigo vencido procuraba escapar, lo desgarraban a fin de que no pudiera correr. Cuando perdian el general, o el estandarte, echaban a huir, y entonces no habia fuerza humana que bastase a detenerlos.

Terminada la batalla, los vencedores celebraban con gran jubilo su triunfo, y el general premiaba a los oficiales, y soldados que habian hecho prisioneros. Cuando el rei de Megico hacia algun prisionero, le enviaban embajadas, y regalos todas las provincias del reino, para darle la enhorabuena. Vestian a aquel mal aventurado con las mejores ropas, lo cubrian de preciosos adornos, y lo llevaban en una litera a la capital, de donde salian a recibirlo los habitantes, con musica, y grandes aclamaciones. Llegado el dia antes del sacrificio, despues de haber ayunado el rei el dia antes, como hacian los dueños de las victimas, llevaban al real prisionero, con las insignias del sol, al altar comun de los sacrificios, y moria a manos del gran sacerdote. Este hacia con la sangre de la victima una aspersion a los cuatro puntos car-

Espada.



Escudos.



SALIDA DE LOS MUROS DE LA CIUDAD.

dinales, y mandaba un vaso de ella al rei, para rociar todos los idolos que estaban en el recinto del templo, en accion de gracias por la victoria conseguida contra los enemigos del estado. Enfilaban la cabeza en un palo altisimo, y cuando se habia secado el pellejo, lo llenaban de algodón, y lo colgaban en algun sitio del palacio, para recuerdo de un hecho tan glorioso: en lo que no tenia poca parte la adulacion.

En los asedios de las ciudades, la primera precaucion de los sitiados era poner en seguro sus hijos, sus mugeres, y los enfermos, enviandolos en tiempo oportuno a otra ciudad, o a los montes. Asi los salvaban del furor de los enemigos, y evitaban el consumo inutil de los viveres de la guarnicion.

Fortificaciones.

Para la defensa de los pueblos usaban diferentes clases de fortificaciones, como muros y baluartes, con sus parapetos, estacadas, fosos y trincheras. De la ciudad de Quauhquechollan sabemos que estaba fortificada con una buena muralla de piedra y cal, de veinte pies de alto, y doce de grueso.

Los conquistadores que describen las fortificaciones de aquella ciudad, hacen mencion de otras muchas, entre las cuales es mui notable la que construyeron los Tlascalenses en los confines orientales de su republica, para defenderse de las invasiones de las tropas Megicanas, que estaban de guarnicion en Iztacmajtitlan, Jocotlan, y otros puntos. Esta muralla, que se estendia de una montaña a otra, tenia seis millas de largo, ocho pies de alto, sin el parapeto, y diez y ocho de grueso. Era de piedra, y de una mezcla tenaz, y fuerte*. No tenia mas que una salida estrecha, de ocho pies de ancho, y de cuarenta pasos de largo, que era el espacio que mediaba entre las estremidades del muro, encorvada una en torno de otra, y formando, como la de Quauhquechollan, dos semicirculos concentricos. Esto se entenderá mejor por medio de la estampa. Aun se ven en el dia algunos restos de esta construccion.

Subsiste tambien una fortaleza antigua fabricada sobre la cima de un monte, a poca distancia del pueblo de Molcajac. Está circundada de cuatro muros, separados unos de otros, desde el pie del monte hasta la cima. En las inmediaciones se ven muchos baluartes peque-

* Bernal Diaz dice que la muralla de Tlascala era de piedra, y cal, y de un betun tan fuerte, que era necesario usar de picas de hierro para deshacerlo. Cortés afirma que era de piedra seca: pero debe darse mas credito al primero, que observó por si mismo aquella obra.

ños de piedra, y cal, y sobre una colina, a dos millas de aquel monte, los restos de una antigua, y populosa ciudad, de que no han dejado memoria los historiadores. A veinte y cinco millas de distancia de Cordoba, existe aun la antigua fortaleza de Quauhtochco, o Guatusco, rodeada de altos muros de piedra durisima, y en la cual no se puede entrar sino es por unas escaleras altas, y estrechas. Asi era la entrada comun de las fortalezas de aquellas naciones. De este antiguo edificio, cubierto hoy de maleza, por el descuido de los habitantes de las cercanias, sacó hace pocos años un caballero Cordobes, algunas estatuas bien labradas, con qué adornó su residencia. Cerca de la antigua corte de Tezcuco se conserva una parte de la alta muralla que circundaba la ciudad de Coatlichan. Quisiera que mis compatriotas preservasen aquellos pocos restos de la arquitectura militar de los Megicanos, ya que han dejado perecer tantos vestigios preciosos de su antigüedad*.

La corte de Megico, fuerte ya en aquellos tiempos por su posicion, se hizo inespugnable a sus enemigos, por la industria de sus habitantes. No se podia entrar en la ciudad, si no por los caminos contruidos sobre el lago, y para que fuera mas difícil en tiempo de guerra, habian contruido muchos baluartes en el mismo camino, y abierto muchos fosos profundos, con puentes levadizos, y trincheras para su defensa. Estos fueron los sepulcros de tantos Españoles, y Tlascalenses en la terrible noche del primero de Julio, de que despues hablaremos, y los que tanto retardaron la reduccion de aquella gran ciudad, a un egercito tan numeroso, y tan bien armado como el que Cortés empleó en su asedio. Mayor hubiera sido la tardanza, y mas caro le hubiera costado el triunfo, si los bergantines no hubieran favorecido tan eficazmente sus operaciones. Para defender por agua la ciudad necesitaban de millares de barcas, y muchas veces se egercitan en aquel genero de combates.

Pero las fortificaciones mas estraordinarias de Megico eran los templos de sus dioses, y particularmente el mayor, que parecia una ciudadela. La muralla que circundaba todo el recinto, las cinco armerias, provistas siempre de toda clase de armas ofensivas, y defensivas, y la misma arquitectura del templo que hacia tan difícil la subida, dan

* Estas escasas noticias de aquellos restos de la antigüedad Megicana, recogidas de testigos oculares, y dignos de toda fé, me hace creer que hai otros muchos, de los cuales no se tiene noticia, por la negligencia de mis compatriotas. Vease lo que digo acerca de este punto en mis disertaciones, combatiendo la opinion del Dr. Robertson.

claramente a entender, que en aquella fabrica no tenia menos interes la politica que la religion, y que al construirla no se pensaba tanto en el culto de los dioses como en la defensa de los hogares. Nos consta por la historia que se fortificaban en los templos, cuando no podian impedir a los enemigos la entrada en las ciudades, y desde alli los molestaban con flechas, con dardos, y con piedras. En el libro ultimo de esta historia veremos cuanto costó a los Españoles la toma del templo mayor, donde se habian fortificado quinientos nobles Megicanos.

Campos y huertos flotantes en el lago de Megico.

El alto aprecio en que aquellos pueblos tenian la profesion de las armas no los distraia del egercicio de las artes utiles. La agricultura, que es una de las principales ocupaciones de la vida civil, fue practicada de tiempo inmemorial por los Megicanos, y por casi todas las naciones de Anahuac. Los Tolteques se aplicaron a ella con el mayor esmero, y la enseñaron a los Chichimecos, que eran cazadores. En cuanto a los Megicanos, sabemos que en toda la larga romeria que hicieron desde su patria Aztlan hasta el lago, donde fundaron a Megico, labraron la tierra en todos los puntos donde se detenian, y vivian de sus cosechas. Vencidos despues por los Colhuis, y por los Tepaneques, y reducidos a las miserables islillas del lago, cesaron por algunos años de cultivar la tierra, porque no la tenian, hasta que adoctrinados por la necesidad, e impulsados por la industria, formaron campos, y huertos flotantes, sobre las mismas aguas del lago. El modo que tubieron entonces de hacerlo, y que aun en el dia conservan, es bastante sencillo. Hacen un tegido de varas y raices de algunas plantas acuaticas, y de otras materias leves, pero capaces de sostener unida la tierra del huerto. Sobre este fundamento colocan ramas ligeras de aquellas mismas plantas y encima el fango que sacan del fondo del lago. La figura ordinaria es cuadrilonga: las dimensiones varian, pero por lo comun son, si no me engaño, ocho toesas, poco mas o menos, de largo, tres de ancho, y menos de un pie de elevacion sobre la superficie del agua. Estos fueron los primeros campos que tubieron los Megicanos, despues de la fundacion de su ciudad, y en ellos cultivaban el maiz, el chile, y todas las otras plantas necesarias a su sustento. Habiendose despues multiplicado exesivamente aquellos campos mobiles, los hubo tambien para jardines de flores, y de yerbas aromaticas, que se empleaban en el culto de los dioses, y en el recreo de los magnates. Ahora solo se cultivan en

ellos flores, y toda clase de hortalizas. Todos los días del año, al salir el sol, se ven llegar por el canal, a la gran plaza de aquella capital, innumerables barcos cargados de muchas especies de flores, y otros vegetales, criados en aquellos huertos. En ellos prosperan todas las plantas maravillosamente, porque el fango del lago es fertilísimo, y no necesita del agua del cielo. En los huertos mayores suele haber arbustos, y aun una cabaña para preservarse el dueño del sol, y de la lluvia. Cuando el amo de un huerto, o, como ellos dicen, de una *chinampa*, quiere pasar a otro sitio, o por alejarse de un vecino perjudicial, o para aproximarse a su familia, se pone en su barca, y con ella sola, si el huerto es pequeño, o con el auxilio de otras si es grande, lo tira a remolque, y lo conduce donde quiere. La parte del lago donde estan estos jardines es un sitio de recreo, donde los sentidos gozan del mas suave de los placeres.

Modo de cultivar la tierra.

Después que los Mexicanos sacudieron el yugo de los Tepaneques, empezaron con sus conquistas a adquirir tierras de labor, y se aplicaron con extraordinaria diligencia a la agricultura. No teniendo ni arados, ni bueyes, ni otros animales que emplear en el cultivo de la tierra, suplían su falta con la fatiga, y con algunos sencillos instrumentos. Para cavar o menear la tierra se servían del *coatl*, o *coa*, instrumento de cobre con el mango de madera, pero muy diferente de la azada, y del azadon. Para cortar los arboles empleaban una hoz o segur tambien de cobre, de la misma forma que la nuestra, con un ojo o anillo del mismo metal en que se encajaba el mango de madera. Tenían sin duda otros instrumentos rurales: pero el descuido de los escritores antiguos nos ha privado de los datos necesarios para describirlos.

Para regar los campos se servían de las aguas de los rios, y de azequias que bajaban de los montes, con diques para detener el agua, y conductos para dirigirla. En los sitios altos, y en las pendientes de los montes no sembraban todos los años, sino que dejaban reposar la tierra, hasta que se cubriese de yerbas, para quemarlas, y reemplazar con sus cenizas las sales arrebatadas por las lluvias. Cercaban los campos con tapias de piedra, o con vallados de maguei, que son excelentes para aquel objeto, y en el mes de *Panquetzaliztli*, que empezaba, como hemos dicho, en 3 de Diciembre, los reparaban si era necesario.

El modo que entonces tenían, y aun conservan ahora en algunas

partes, de sembrar el maiz, era como sigue: hace el sembrador un pequeño agujero en la tierra con la punta de un baston endurecida al fuego, y echa en él uno o dos granos de maiz, de una espuerta que le cuelga al hombro, y lo cubre con un poco de tierra, sirviendose de sus pies para esta operacion. Pasa adelante, y a cierta distancia, que varía segun el terreno, abre otro agujero, y así continúa en linea recta hasta el termino del campo, y de allí vuelve, formando otra linea paralela a la primera. Estas lineas son tan derechas como si se hubieran hecho a cuerda, y la distancia de una a otra planta tan igual, como si se hubiera empleado un compas o medida. Este modo de sembrar, apenas usado en el dia por algunos Indios, aunque lento, es muy ventajoso*, porque proporciona con exactitud la cantidad de grano a las fuerzas del terreno, y no ocasiona además el menor desperdicio de semilla. En efecto, los campos cultivados de aquel modo dan cosechas abundantes. Cuando la planta llega a cierta elevacion, le cubren el pie con un monton de tierra, para que tenga mas jugos, y pueda resistir al viento.

Las mugeres ayudaban a los hombres en las fatigas del campo. A los hombres tocaba cavar, y preparar la tierra, sembrar, y cubrir las plantas, y segar; a las mugeres deshojar las mazorcas, y limpiar el grano. Aquellos y estas se empleaban igualmente en escardar, y desgranar.

Eras, y Graneros.

Tenían eras para deshojar, y desgranar las mazorcas, y graneros para guardar el grano. Estos eran cuadrados, y por lo comun, de madera. Servíanse para esto del *ojametl*, arbol altísimo, de pocas ramas, y estas muy delgadas, de corteza tenue, y lisa, y de contestura flexible, pero difícil de romperse, y rajarse. Formaban el granero, disponiendo en cuadro, unos sobre otros, los troncos redondos e iguales del *ojametl*, sin otra trabazon que una especie de horquilla en su estremidad, para ajustarlos, y unirlos tan perfectamente, que no dejasen paso a la luz. Cuando llegaban a cierta altura, los cubrían con otra trabazon de pinos, y sobre ella construían el techo, para defender el grano de la lluvia. Estos graneros no tenían otra salida que dos solas ventanas, una pequeña en la parte inferior, y otra grande en la superior. Los había tan espaciosos que podían contener cinco mil, seis mil, y aun mas fanegas de maiz. Hai todavía de estos graneros en algunos puntos distantes de la capital, y entre ellos

* La lentitud no es tanta como parece: pues los labradores acostumbrados a aquel ejercicio lo hacen con admirable velocidad.